

Bolsas en el aire

Durante toda nuestra infancia oíamos orgullosos que la Punta Arenas era una de las ciudades más limpias del mundo. Convicción generada por la fuerza arrasadora del viento que lleva todo a su paso, cuando de tanto en tanto desata su furia. Si, efectivamente, así era, pues entre la nubecilla de polvo de los caminos o de los resecos campos, alguna prenda de ropa, cambuchos o materiales arrancados de una construcción, se conjugaban con los pequeños gorriones que luchaban por avanzar y no ser arrastrados. En la sobriedad de la creciente urbanidad, era posible apreciar que ello era así.

Las piedrecillas hacían de las suyas en los rostros o en las piernas de las damas, y nos acostumbramos a ello y sólo apretábamos los párpados y sujetábamos nuestras ropas inclinados para sortear el voraz flujo. La basura se depositaba en tambores de combustibles reutilizados que eran retirados permanentemente desde los hogares y uno se preocupaba que no quedaran expuestos al asedio de algún hambriento perro.

Con la proliferación del plástico el paisaje cambió. El mismo viento y el poco cuidado en el manejo de ellas hicieron que fueran más las bolsas que las aves flotando sobre nuestras cabezas. Penosa situación que el Estrecho no terminaba de amagar, pues quedaban atoradas o enredadas en los aleros de construcción, cercos, o en los cables del cada vez más intenso tendido de nuestras calles. La ciudad se seguía limpiando, pero no era igual, siempre quedaba un rastrojo de plástico sucio o mojado estopado en una esquina.

Circunstancias sociales llevaron a que toda una nueva generación no se preocupara de la conciencia cívica y del respeto por el bien común, la indiferencia salió desde los hogares y entró a nuestras calles. Uno podía desentenderse de tapar adecuadamente los tarros de basura, si con sacar la bolsa de los desperdicios el ciudadano consideraba su tarea cumplida. Que pase o no el camión recolector en la próxima hora o en uno o dos días después ya no era previsión del ciudadano. Y los perros y su proliferación hacían lo suyo. La ciudad se tornó sucia, invitando a los desadaptados a sentirse libres de hacer rayados o romper mobiliario público. Total a quien le importaría, se mezclaba con la mugre.

Desde hace un tiempo la región adoptó una nueva forma de vida: Adiós a las bolsas plásticas y bienvenida las reciclables. Magallanes, puerta de entrada del turismo masivo, exige su limpieza y que la basura no se acumule en las costas de la Tierra del Fuego, hasta donde llega mucha de ella, flotando sobre el estrecho, mientras no sea confundida por comida por algún habitante de sus aguas.